

PREOCUPACIONES DE UN OBISPO

A S. Agustín lo conocemos más como pensador, teólogo, filósofo, humanista, convertido, que como pastor. Y, sin embargo, es extraordinario también en este aspecto. El mayor acierto de la excelente vida que de él escribió G. Bardy, está en haberse puesto preferentemente a captar su afán diario por las almas a él encomendadas.

Hoy presentamos a nuestros lectores el bello examen de conciencia con que en el aniversario de su consagración episcopal derrama ante los fieles sus preocupaciones como pastor.

El desbordante humanismo evangélico de estas palabras nos contagia y nos hace pensar con amor en las responsabilidades apostólicas de nuestros Prelados.

EL día presente, hermanos, me amonesta a pensar con mayor atención en mi carga; pues, si bien es verdad que he de pensar en ella día y noche, sin embargo, no sé por qué este aniversario me lo clava más en la imaginación, hasta el punto de no poder esquivar su pensamiento. Y, a medida que llegan los años —o mejor, pasan—, y nos acercamos al último día, que sin duda ha de llegar, se agudiza más y más me punza la idea de la cuenta que tengo que dar a Dios por todos vosotros. Porque esto precisamente es lo que me distingue de vosotros, que vosotros casi exclusivamente habéis de dar cuenta cada uno de sí, mientras que yo tendré que darla de mí y de todos vosotros. Por eso, la carga es más pesada; sólo que, al que la lleva bien, le proporciona mayor cúmulo de gloria, y al que mal, le acarrea cruelísimos castigos. Por tanto, ¿qué mejor cosa puedo hacer hoy, que encomendaros mi riesgo, para que así seáis mi gozo? Mi riesgo consiste en fijarme más en cómo me alabáis, que en cómo vivís. Y sabe muy bien Aquél a cuyos ojos hablo, e incluso pienso, que no tanto me alegro por las alabanzas populares, cuanto me afano y preocupo, pensando cómo vivirán los que así me alaban. No quiero, más aún, aborrezco y detesto que me alaben los que viven mal: lejos de gustarme, me apena. En lo que respecta a ser alabado por los que viven bien, si digo que no lo quiero, miento; si digo que lo quiero, temo buscar lo huero antes que lo sólido. ¿Qué diré, pues? Ni plenamente quiero, ni plenamente dejo de querer. No quiero del todo, para no incurrir en el peligro inherente a la alabanza humana; tampoco me niego del todo, para que no se sientan desairados aquellos a quienes predico.

Mi deber es el que acabáis de escuchar, en la lectura del profeta Ezequiel. Como veis, no es sólo la ocasión del aniversario la que me obliga a pensar; por añadidura ha coincidido el que se lea un género tal de lec-

NUEVO Y VIEJO

tura, que me infunde gran temor y me hace recapacitar en el peso que llevo sobre mis hombros; pues, a no ser que me ayude a llevarlo el mismo que me lo impuso, desfalleceré. Mirad lo que habéis escuchado :

“Cuando yo envíe sobre un país la espada, y los habitantes del país elijan de entre sus moradores a uno y lo hagan su centinela; si éste, en viendo venir la espada sobre el país, da la señal de alarma y previene al pueblo, y, a pesar de ello, alguno, oída claramente la trompeta, no se da por enterado y llega a alcanzarle la espada, él será responsable de su muerte. Puesto que oyó la trompeta y no hizo caso, su sangre revierta sobre él. Por el contrario, el que haga caso, se salvará.

En cambio, si el centinela no toca la trompeta viendo venir la espada, y no se lo comunica al pueblo, de suerte que caiga sobre él la espada y alcance a alguno, éste caerá por culpa de aquél; por tanto, pedirá cuenta de su sangre al centinela. Cuanto a tí, hijo de hombre, te he constituido centinela de la casa de Israel” (Ez. 33, 2-7).

Nos explica [el profeta] con toda claridad qué significan la espada, el centinela, la muerte. No da pie a que excusemos nuestra negligencia con la oscuridad de sus palabras. *“Te he nombrado —dice— centinela. Si digo a algún pecador: “Ciertamente vas a morir”, mas tú te callas, y él llega a morir en su pecado, en su pecado morirá con toda justicia; pero yo te pediré cuenta de su vida. Si, por el contrario, dices al pecador: “Ciertamente vas a morir”, sin que te haga caso, él morirá en su obstinación, pero tú habrás salvado tu alma” (Ez. 33, 8-9).*

Aliviad, hermanos, aliviad mi carga, y ayudadme a sobrellevarla. Vivid bien. Ya se acerca la Navidad, y debo alimentar a mis compañeros de pobreza, portándome con ellos con buen corazón. Vuestros manjares son estas mis palabras. Pero no es el mío un alimento palpable y visible. Os doy de lo que recibo; porque soy administrador, no amo. Por eso os reparto de lo que a mí mismo me sustenta, del tesoro del Señor, de los manjares de aquel Padre de familia, *“que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (Cor. 8, 9).* Si os suministrase pan, partido el pan, os llevariais cada uno vuestro pedazo; y, aunque repartiese mucho, tocaría muy poco a cada uno. Sin embargo, lo que ahora hablo, llega íntegro a todos y cada uno. ¿Acaso os habéis repartido las sílabas de mis palabras? ¿Habéis ido cogiendo tal vez cada uno una palabra, a medida que yo iba hablando? Cada uno de vosotros lo ha oído todo; pero tenga cuidado de cómo ha oído, pues yo soy distribuidor, no recaudador.

Si no negocio con el dinero, sino que lo guardo, me amedrenta el Evangelio. Bien podría decir: ¿Para qué aburrir a los demás, o decir a los malvados: no os portéis mal, portaos así y no de esa manera? ¿Qué adelanto con ser pesado con ellos? He aprendido cómo debo vivir, tengo buena cuenta que dar de las órdenes y preceptos recibidos; pero, el dar cuenta de otros, ¿a mí, qué? Sin embargo, me emedrenta el Evangelio: nadie conseguiría arrastrarme a tan peligrosa despreocupación. Nada mejor ni más grato que ahondar en el divino tesoro, lejos de todo bullicio: sin duda que es agradable y bueno. Mas el predicar, reprender, corregir, edificar, afanarse por unos y por otros, es un peso abrumador, un ingente trabajo. ¿Y quién no tratará de rehuirlo?

Pero, vuelvo a decirlo, me amedrenta el Evangelio. Llegó una vez un esclavo y le dijo a su señor: "*Sé que eres exigente, y que tratas de segar en donde no sembraste; por eso guardé tu dinero y no lo quise dar a interés. Toma lo que es tuyo*" (Mt. 25,24ss). Si falta algo dímelo; si está todo, nada tienes que decirme. El señor le respondió: "*Esclavo perverso, por tus propias palabras te condeno*". ¿Por qué? —Ya que dices que soy un avaro, ¿cómo es que descuidaste mis intereses? A lo cual replicas: temi perder el dinero. Así se dice a menudo: ¿para qué corriges? Es inútil, no te hacen caso. No quise poner a interés tu dinero —dice— por no perderlo. He aquí su respuesta: "*Yo, al volver, lo hubiera recobrado con los intereses*" (Luc. 19, 23). Te hice distribuidor, no recaudador. Debiste encargarte de dar y dejarme a mí el reclamar. Por tanto, que cada uno vea con temor cómo recibe su parte. Si yo, a pesar de dar, temo, ¿podrá estar tranquilo el que recibe?

El que ayer era malo, hoy sea bueno. Este es, pues, mi negocio, que el que era malo ayer hoy se haga bueno. Fue malo ayer y aún no se ha muerto, si siendo malo, hubiese muerto, estaría ahora en el lugar de donde no se puede volver. Fue malo ayer hoy vive: aprovéchese de que vive, y no viva mal. ¿Para qué añadir al día malo de ayer éste de hoy también malo? Deseas una vida larga, ¿y por qué no buena? ¿Quién puede soportar algo largo y malo, aunque se trate de comida? ¿Hasta este extremo ha hecho callo la ceguera de nuestra mente, y se ha hecho sordo el hombre interior, de modo que apetezca todos los bienes, excepción hecha de sí mismo? ¿Quieres poseer una finca? Seguro que no la quieres mala. ¿Buscas mujer? Por supuesto, la quieres buena. Lo mismo, si se trata de la casa. ¿A qué extenderme a otras cosas? ¿Rechusas el calzado malo, y quieres llevar una vida mala? Como si te perjudicara más el calzado malo que la vida mala. Cuando te molesta el zapato, porque es malo y te aprieta, te sientas, te descalzas, retiras el zapato, o bien lo arreglas, o lo cambias por otro, que no te lastime un dedo, y te vuelves a calzar. Vida mala es aquella con la cual pierdes tu alma. Pero ya veo el punto en que tropiezas. El calzado malo produce dolor; la vida mala, placer. Lo uno desagrada, lo otro agrada. Mas, lo que al presente agrada, después causa mayor dolor; mientras que, lo que ahora produce un dolor saludable, se cambia después en bienestar infinito y en gozo desbordante, según está escrito: "*Los que siembran con lágrimas, recogerán con gozo*" (Sal. 75, 5), y también: "*Dichosos los que lloran, porque serán consolados*" (Mt. 5,5).

Pensemos con toda diligencia lo que dice la Escritura, a propósito de la lujuria y de la sensualidad: "*Por un momento endulza el paladar, pero después se hace más amarga que la hiel*" (Prov. 5, 3.4). Y, pues sabemos que la presente vida es camino, conviene que lleguemos del trabajo al descanso, y no del descanso al trabajo. Evidentemente, es preferible pasar breves molestias en el camino, con tal de alcanzar felizmente una eterna alegría en la patria (1).

(1) ML 38, 148081482.